

## MADAMA GUIZOT

(ANTES PAULINA DE MEULAN)

Ciertos talentos, al llegar al mundo, y casi desde su primera juventud, traen una facultad de observación sagaz, penetrante, en guardia contra el entusiasmo, vuelta hacia la verdad, y sensible sobre todo al ridículo, á la mentira, y á la tontería. Cuando la mayor parte de los espíritus elevados debutan por la pasión, unas veces por una especie de ilusión confiada y pastoril, y otras por la misantropía más soberbia y más rebelde; cuando para los unos se abre el mundo risueño y encantado como para Pablo y Virginia y para los otros más activo, más severo é impotente, como para Emilio y Werther para las naturalezas pronto maduras y prudentes de que queremos hablar, el aprendizaje es más seguro, menos aventurado, el mundo no es para ellas ni tan risueño, ni tan solemne, ni tan engañoso, y vale á la vez más y menos que todo eso. La mayor parte de los hombres, cuando pasan de la juventud, tienen un sentido real de las cosas. Los que han comenzado por el entusiasmo confiado é inocente, aprenden á fuerza de desengaños á conocer el mal, y con frecuencia en esta edad de experiencia dolorosa se sienten inclinados á aumentarle. Cuando La Rochefoucauld dejó de ser enamorado y criticón, ponderaba la malicia humana, contra la que aún le excitaban su gota y sus ojos malos. Los que conocieron la Maldad pronto y que después fueron estoicos y sombríos soñadores á los veinticinco años, al continuar viviendo se hacen más indulgentes, ó, cuando menos más indiferentes. El autor de *Werther*, si en algún momento se ha

parecido á su héroe, sería una buena prueba de esta apacibilidad gradual, de la que se podrían citar otros ejemplos más incontrovertibles. Pero los espíritus esencialmente críticos no tienen necesidad, la mayor parte de las veces, ni de grandes desengaños ni de experiencias directas para llegar á desarrollarse totalmente; son críticos y moralistas por instinto, por facultad innata y no por convencimiento posterior. Boileau no tuvo necesidad de experimentar vivas pasiones ni de atravesar torrentes amargos para escribir sus versos incisivos y discretos. A pesar de lo que se sabe de la vida de La Bruyère, yo no sé que tuviese necesidad de grandes pruebas personales para leer en los corazones. Esta facultad, este don de ver aparece enseguida en aquellos que están dotados de ella y Vauvenargues se nos mostró desde muy temprano un hombre prudente. En esta familia sería é ilustre que desde La Rochefoucauld y La Bruyère se continúa hasta Vauvenargues y Duclos, Madama Guizot es la última, sin que todavía sea bastante estimada á este título.

El moralista, propiamente hablando, tiene una facultad y un placer de observar las cosas y los caracteres, y pueden penetrarlos y profundizarlos de cualquier manera que se presenten. Para él no hay teoría, ni sistema, ni método, le guía la curiosidad práctica. Así toda persona y toda sociedad es materia de observación. Su placer es mirar en derredor suyo y descubrir la verdad bajo cualquier forma. Para un individuo cualquiera, si un personaje es enojoso ó insignificante, y bien pronto queda definido por el espíritu crítico. Al leer un libro, en el prefacio, conoce al autor, entra en su pensamiento, y en la página veinte, las reflexiones sugeridas son infinitas, y ya ha hecho un volumen á propósito de aquella lectura. La crítica literaria no es nunca para el talento moralista más que un punto de partida y una ocasión más de revelarse. Al asistir á la representación teatral no dice solamente: « Esto es bueno ó es malo, me he divertido ó aburrido »;



entabla un diálogo consigo mismo, y ve á los caracteres; no duda el punto de vista teatral, sino desde el de la realidad de la vida. Así *Tartufo* hace concebir á *Onufro*.

El moralista va así, con interés, pero sin prisa, sabiendo y anotando cantidad de cosas sobre cantidad de motivos. En cuanto á las leyes metafísicas no se aventura nunca en ellas, pues como tiene más tacto que doctrina, se atiene al hombre civilizado y á los accidentes sociales, para sus fallos á ciertos aspectos para él manifiestos, seguro de que las cosas justas no pueden nunca contrariarse entre ellas. La Bruyère me parece el modelo del moralista concebido así. Tenemos, según dicen, libertad de prensa; pero ¿ es que un libro como el de La Bruyère se encontraría á salvo entre nuestras costumbres? El pobre autor sería maldecido, me figuro yo, cuantas veces saliese de las máximas. Los gentileshombres de Versalles comprendían las chanzas mejor que varios de nuestros soberbios modernos. Hay otra razón fundamental para que La Bruyère no encaje en nuestros días, y es que no se sabe lo que son ciertos defectos que el moralista, que ve con sus ojos penetrantes, y pone de relieve con su sagacidad. Una palabra, por ejemplo, que no se dice apenas nunca, y de la que vivían antes los moralistas, los satíricos y los cómicos, la palabra *tonto*, y es que hoy casi no es defecto, y la tontería, un poco de tontería en unión de un poco de talento es casi un arma para triunfar. Un poco de tontería con un poco de talento viene á ser lo que un cartel que dijera: *Mirad qué grande cualidad poseo*. Y hoy vivimos en una época en la que el público prefiere que le enseñen oficiosamente el talento á tomarse el trabajo de descubrirlo. Mas en ocasión de hablar de un excelente moralista no desepéremos demasiado por el porvenir de tan precioso género y que hasta nuestros días nunca había sucumbido en Francia. Madama Guizot lo ha dicho, no sé en donde: « Cuando se produce en un orden cualquiera un obstáculo, siempre vienen sin tardanza gentes de talento que saben obviarle. »

Madama Guizot ha sido más conocida y clasificada hasta hoy como autora de notables tratados de educación que como moralista en el verdadero sentido del vocablo. Eos dos volúmenes que tienen por título *Consejos de Moral* la presentan bajo este aspecto mejor que un estudio atento puede hacérselo ver. Sus brillantes ensayos de moralista, pertenecen sobre todo á la parte de su vida en el siglo XVIII y han sido menos alabados que sus últimas obras.

La señorita Paulina de Meulan, nacida en 1773 en París, fué educada en el seno de las ideas y de las costumbres de la sociedad distinguida de entonces. Su padre, M. de Meulan, tesorero general de París, gozaba de una gran fortuna, á la que hacía honor con generosidad y buen gusto. Su madre educada en Saint-Chamans, pertenecía á una antigua y noble familia de Périgord, que tuvo sus representantes en las Cruzadas. La sociedad que frecuentaba la casa de M. Melan, no difería de la que frecuentaba la de M. Nécker, y figuraban en ella Rulhière, de Condorcet, Chamfort, De Vaines, Suard, etc. M. de Meulan tenía como secretario con muy buen sueldo á Collé, de quien la señorita de Meulan en *El Publicista* juzgó más tarde las *Memorias* y en quien reconocía á través de su alegría una gran elevación de alma (1). Muy querida de su madre, muy seria, muy inteligente, pero sin vivacidad, bastante enfermucha, la joven Paulina pasó sus primeros años en esa sociedad de la que recibía lentamente el sello bien marcado entonces y muy visible después. No hubo en ella durante su infancia ni durante su juventud, ese entusiasmo de que la Señorita Nécker, de siete años mayor que ella, daba elocuentes pruebas. « Me acuerdo muy imperfectamente de Werther, que he leído en mi juventud »; escribe varios años después, y así debió ocurrirle con muchas lecturas que impresionan á las almas jóvenes á la edad en que la suya aun no regía. En las proximidades

(1) Ver el *Diario* de Collé; Agosto 1781, tomo I, pág. 417.



de la Revolución, el movimiento impulsivo de su talento comenzó á ser sensible para ella; se interesaba con los acontecimientos de entonces, y por el triunfo de las ideas del 87 y del 89 que eran las suyas y las de la sociedad que la rodeaba. Pero no tardaron mucho en aparecer las disidencias, y las sacudidas cada vez más potentes la apartaron del primer camino emprendido. La impresión que le produjo la Revolución fué la de un horroroso espectáculo que hería todos sus afectos y todas sus costumbres aunque algo favorables á sus opiniones. Acaso esto fué la causa de que no hubiese juventud para ella. Estas dos ideas contradictorias en apariencia, eran un enigma y opresor terrible. Su cerebro aprobaba y rechazaba á la vez, una misma causa. Así se formó un espíritu enérgico, mordaz, incisivo, que iba siempre en línea recta hacia lo real y lo recortaba netamente.

Y así, en estas pruebas, esta alma se templó para la virtud. La muerte de su padre en 1790, la ruina de su familia, su estancia forzosa en Passy y las reflexiones sin tregua durante el invierno de 1794 á 1795, concentraron sobre las desgracias de los suyos todas sus potencias morales, y su energía salió triunfante. En este largo invierno, en un día en que dibujada, nos dice M. de Remusat, concibió la sospecha de que acaso ella tuviese talento (1). La idea de que podría servirse de este talento un día para atender á sagrados apuros, hizo que las lágrimas saltasen á sus ojos. Desde entonces leyó más, leía lentamente, y desde las primeras páginas de un libro reflexionaba en sus propias ideas sugeridas por las del autor. Conocía el inglés y se perfeccionó más aún, hasta que este idioma neto, sensato y enérgico, le fué tan familiar como su propia lengua. Antiguos amigos de su familia, Suard y De Vaines, la animaron á hacer sus primeros ensayos. Un

(1) Nos abstenemos de reproducir varias particularidades que se encuentran con agrado en la obra de M. de Remusat escritas con la delicadeza y el ingenio de que nunca se muestra avaro.

interesante trozo escrito en 1807, *Los amigos en la desgracia*, me parece contener algunas alusiones á la situación de años precedentes. Todos los amigos de la señorita de Meulán no fueron sin duda tan esenciales como De Vaines y Suard, y las mismas personas que más tarde se lamentaban de que se hubiese hecho *periodista*, pudieron hacerla alguna vez reír con sus vanos consejos. « Muchos amigos — dice, — pero pocos con quienes contar; mucho dinero manejado sin poder guardar ninguno; muchas deudas y ningún crédito; muchos asuntos que no nos producen nada. « Probablemente pensaba en sus propios apuros domésticos, en esa fortuna de varios millones completamente agotada sin que ella pudiese salvar más que la satisfacción de no deber nada. En este cuidado desplegó durante muchos años unas facultades activas y de conocimiento de los negocios que luego le fueron muy útiles. El primer intento literario de la señorita de Meulán, titulado *Las Contradicciones ó lo que puede ocurrir*, se publicó el año 7, cuando tenía veintiséis próximamente. Este ensayo me parece muy característico de un autor muy joven y mujer. El héroe, en el primer capítulo, se levanta muy feliz una mañana en que debe casarse con la adorada Carlota. Su criado Pedro, especie de *Jacobo el fatalista*, honrado y decente, le viste diciendo según su costumbre: « Y bien; ¿ no se lo había yo dicho siempre al señor? » Va á casa de la novia que ya está dispuesta, y luego á la alcaldía, pero el empleado municipal no llega; su mujer está de parto y el hombre se divierte con sus amigos para festejar el nacimiento del niño. « Lo dejaremos para mañana », se dicen un poco descorazonados. El rival, que figura en el cortejo nupcial como primo de Carlota, sonríe, y el optimista Pedro contesta á su amo irritado, como acostumbra: « ¿ Quién sabe?... » Al día siguiente llueve y llega tarde á la alcaldía y el empleado se ha marchado ya. Al otro día el novio tiene que marcharse porque una tía suya está moribunda. En una palabra, de contratiempo en contratiempo, el matrimonio con



Carlota que es coqueta se deshace, porque además el mismo novio es bastante veleta é irresoluto. La situación, que comienza muy interesante, se prolonga demasiado y se enfría. El regocijo que encontramos es algo obscuro; pero para concebir la idea de hacer una novela con este *guiñol*, para haberse limitado á este fondo de pequeña ciudad de provincia en el que aparecen personajes bastantes graciosos aunque no heroicos, coquetos ni irresolutos, era preciso obedecer á un ingenio sin duda muy original á su edad y á una comprensión grande de las ridiculeces, de las discordancias y de los inconvenientes. Así Despreaux debutaba con una *Sátira* contra las costumbres presuntuosas de París. Se observarán fácilmente en las *Contradicciones*, que también podrían titularse *Contrariedades*, cierto número de graciosas observaciones sobre las personas que se creen las *necesarias* y sobre los individuos denigrantes. He aquí una muestra de las evasiones que buscamos en los casos difíciles: « Yo no sé — dice el héroe de la novela, — si todo el mundo es como yo, cuando me he ocupado largo tiempo en un proyecto que me interesa mucho, cuando encuentro una dificultad en sacar partido, que me obliga á seguir diferentes sendas, me enfrió y ya no me importa nada de aquello que antes yo creía que nunca me interesaría bastante. » Y después: « Como ocurre siempre que nos preocupa un asunto, por poco importante que sea, olvidé por el momento todas mis penas. » ¿ Qué diría mejor un irónico de cuarenta y cinco años retirado del mundo? Lo que se llama ensueño y melancolía no lo encontramos en ningún párrafo, pero hay un conmovedor capítulo, el del *Escudo de seis francos*, que recuerda un capítulo á lo Sterne escrito por la señorita de Lespinasse. Enriqueta, que reemplazó á Carlota en el corazón del héroe, es una personita de veinticuatro años, *bastante gorda y muy fresca*, que tiene un encanto. La mudable Carlota es ridícula y no tiene agrado. Este héroe tan poco apasionado, algo extraño como un original de La Bruyère, y que sueña

una noche alegremente que se va á casar con *cuatro* se vuelve sentimental al fin y cae de rodillas llorando á los pies de Enriqueta (1): El estilo es bueno, claro y conciso, sin malas locuciones. Sin embargo, una vez cuenta que conoció á una persona *sous un rapport semblable*, manera de decir que no toleraban ni Voltaire ni Couvier. M. Suard no debió dejar que esto pasase y habría cortado de raíz el defecto más tarde reprochable en este estilo tan sencillo, tan real y tan fiel al pensamiento.

No hay en las *Contradicciones* ningún trozo de sentimentalismo religioso ni de cualquiera otra disposición soñadora ni apasionada. El personaje Pedro, que se somete en todo á la Providencia, tiene algo de broma suave y fina que podría chocar á alguien, pero nunca exaltamos. El buen Pedro, ya lo hemos dicho es una especie de Pangloss honrado, un Jacobo el fatalista que podemos aceptar. Al pronunciar estos nombres, siempre un poco sospechosos y malsonantes, quiero aprovechar la ocasión para afirmar que uno de los rasgos característicos de la Señorita de Meulán en sus comienzos y en sus folletones de *El Publicista*, era el de no tener ninguna falsa gazmoñería ni ningún ceño ficticio. Este cerebro prudente, esta conciencia perfecta, no trazaba en su derredor ningún círculo engañador. La señorita de Meulán no creía condescender al escribir extensamente sobre Collé. Entre un folletón sobre *La Princesa de Cleves* y otro sobre *Eugenio de Rothelin*, aborda francamente la novela de Louvet, y sin indignación altisonante ni adoptar máscara, le reputó falso cuadro de costumbres y se lo entregaba á las costureras, tenderos de vestidos, peluqueros y escritores de los procuradores anteriores á la Revolución, para los que sin duda había

(1) Madama Guizot contaba que siendo muchacha comenzó esta novela y que estudió ciertos personajes de aquel tiempo, describiéndolos tal como los veía y sin escrúpulos pues se decía: « Esto es para mamá! » Si hubiese visto ó sospechado algo más lo hubiese escrito, pues confiaba en que sólo era para mi madre.



sido escrita. La señora Roland, que encontraba esta novela *bonita*, y quien con secreto placer buscaba las costumbres de una sociedad que detestaba, habría enrojecido si hubiese leído el folletón de la señorita de Meulán y se habría curado de repente.

Un párrafo de las *Contradicciones* demuestra hasta qué punto el pensamiento se formaba sólo en la señorita de Meulán. Cuando Pedro, animado por el mediano entusiasmo de su amo ante las columnas del Louvre, dice: « Sí, esto es bello; pero, con permiso del señor, á mí me parece que lo encuentran bonito porque para verlo hay que venir de lejos. A mí me gusta mucho más nuestra iglesia que tiene diferentes dibujos y figuras en los nichos, que estas columnas todas iguales y que no significan nada. » Esta opinión sobre el arte gótico imitada el año 7 por boca de Pedro, ¿no tiene otro alcance que el de una broma? Yo no me atrevería á afirmarlo. Pero yo encuentro más tarde en la señorita de Meulán opiniones igualmente nuevas y justas sobre poesía, que son como consecuencia de su independencia y de su recto juicio. En dos folletones de Noviembre de 1808 sobre el *Uso de las expresiones comunes en Poesía*, el crítico hablando de un verso de *Boudouin*, en el que Lemercier había escrito *chevaux* en lugar de *coursiers*, intenta determinar las condiciones según las cuales se pueden introducir expresiones comunes en poesía. En otro folletón de Marzo de 1809, acerca del *Cristóbal Colón* de este mismo autor, hoy tan negativo y entonces tan en boga, el crítico discute la mezcla de lo cómico y lo trágico. Ningún falso escrúpulo, ninguna tradición supersticiosa estorba á su sagacidad en este delicado examen. No trata las cosas ni por el lado pintoresco, ni por el contraste dramático, y no examina, según yo, los recursos infinitos del talento y del arte, pero en cada palabra, se ve á una persona de ideas, de gusto sano é ingenioso, sin prejuicios, derecho al fondo, y racionalista clarividente en toda materia.

La *Capilla de Aylon* que apareció poco después de

las *Contradicciones*, y que ofrece muy poco interés novelesco, me parece tener mucha menos significación como principio y como presagio del género futuro del autor. La señorita de Meulán, que traducía una novela del inglés, *Emma Courtney*, se decidió á continuarla á su manera y por su cuenta. Entonces estaban muy en auge las novelas inglesas con muchos acontecimientos y muchas emociones. Nuestra joven escritora, intentó hacer esto y lo logró con éxito, pues su imaginación la ayudó en esta trama bastante real y llena de ternura. Si se compara con la mayor parte de las novelas de entonces la *Capilla de Aylon* parecerá muy razonable, muy sobria de exaltación y exenta de la sensiblería de entonces. La autora siempre sensata domina sus personajes, sus situaciones, las detiene, las prolonga ó las anima á su gusto, y así ocurre que se presiente demasiado el artificio y la ausencia de la realidad vista ó experimentada. Encantadoras escenas domésticas y familiares, y la continuidad del carácter de los personajes, atestiguan esta facultad dramática, esta ciencia de pretensión en la escena y de diálogo, de que Madama Guizot hace las pruebas en otras muchas obras, en sus *Cuentos*, en el *Colegial* y hasta en las *Cartas sobre la educación*. Y es que en un grado moderado y en los límites de moralista, tenía imaginación é inventiva; sus pensamientos en lugar de permanecer en estado de máximas entraban de buen grado en juego en su ingenio. Sabía hacer vivir y accionar caracteres que no eran sencillas copias. Nada le gustaba tanto como el don creador en su maravillosa plenitud: Molière, Shakespeare y Walter Scott eran sus tres grandes admiraciones literarias y las solas que le conquistaron su afecto.

M. Suard había fundado *El Publicista* hacia 1801. Lo que M. Guizot ha dicho tan bien acerca de los salones y de la sociedad de tan distinguido académico, se puede aplicar á la hoja de papel que era el eco de las opiniones de la gente que frecuentaba sus salones con moderación, urbanidad y en un tono honrado y



libre. La filosofía del siglo XVIII impulsada ó intimidada por la Revolución, ha dicho M. de Remusat, formaba el espíritu de aquella hoja. *La Deuda*, que luego había de desaparecer, representaba esta filosofía en lo que quedaba de ardor y de proselitismo en su conjunto sistemático y en sus doctrinas generales, y abrazaba á la vez la política, la religión, la ideología y la literatura. *Le Journal des Débats* alzaba la bandera opuesta en todos sentidos. M. Suard, el abate Morellet y sus amigos que eran partidarios del siglo XVIII y no de la Revolución, que se detenían en d'Alambert sin pasar á Condorcet, que permanecieron fieles á sus costumbres y á los delicados gustos de otros tiempos, no eran realmente representados por *La Década*, y todas las mañanas se indignaban tanto con él como con las diatribas y las palinodias del *Journal des Débats* ó *El Mercurio*. La señorita de Meulán, que ingresó en *El Publicista* desde su fundación por su amistad con M. Suard, encontró allí ideas conformes con las suyas, y un campo propicio á toda clase de ensayos. Durante cerca de diez años que escribió en esta hoja sobre moral, sociedad, espectáculos, literatura, los romanos, etc., etc., no podríamos formarnos una idea, á menos que leamos sus artículos, del talento complejo, de la fecundidad y de la justeza original que desplegó. Unas veces anónimamente, otras con la inicial P., otras con la inicial R., otras conversando con un personaje figurado, y otras atacando vivamente á Geoffroy, Fiève, La Harpe y Bonald (pues le gustaba la polémica y no la evitaba), juzgando en ocasión de algún elogio académico ó de una reimpresión á Vauvenargues, Boileau, Fenelón, Duclos, Madama de Sévigné, Madama de La Fayette, Madama des Houlières, Ninón, Madama Du Châtelet, sin olvidar vengarse de estúpidos ataques, definiendo á Collin d'Harleville, Beaumarchais, Picard, Madama Cottin, Madama de Souza, disertando sobre la elegía ó corrigiendo dulcemente á Madama de Genlis, su verbo razonador no se fatigó nunca, ni se perdió en

vanas frases. En alguna parte dice acerca de Boileau « La razón en él, era un órgano delicado, irritable, herido por un giro, como el oído sensible se resiente ante un tono falso, y sublevado en cuanto algo le era extraño. » Hay algo de esta vivacidad, de esta vigilancia de la razón en la señorita de Meulán durante el período tan activo que hemos de examinar. Los dos volúmenes que hemos titulado *Consejos morales*, han sido formados casi por completo con párrafos extraídos de aquí y de allá en sus artículos, de los prefacios de algunos folletones acerca de alguna comedia olvidada; pero han dejado á un lado sus juicios sobre los autores. Recorriendo con un indescriptible interés estas hojas reunidas por la piedad familiar, se nos ha ocurrido que, un volumen de estos extractos, un volumen más iterario que los *Consejos morales* que conservase todo su sello primitivo, podría salvar del olvido tantos juicios hijos de la rectitud y del buen gusto, más de una opinión que debería ser repetida al hablar de las mismas cosas.

Los primeros artículos que la señorita de Meulán dió á *El Publicista* fueron coleccionados y reimpresos en 1802 en un pequeño volumen in-12, que no fué puesto á la venta. También encontraron su lugar en en uno de los volúmenes de *Mélanges* publicado por M. Suard (1). En esta ocasión Madama de Staël siempre devota del talento naciente, escribía al académico : « He leído con infinito placer algunos trozos de *Mélanges*, y no tengo necesidad de decirle qué diferencia he encontrado entre los firmados P. y los restantes. Pero le ruego que me diga si es la señorita de Meulán quien ha escrito esos trozos sobre Vauvenargues, el Thibet, los ingleses, etc. Es tan superior que lo que se puede esperar aún de una mujer de mucho

(1) M. Suard publicó primero tres volúmenes de *Mélanges* y luego dos más, formando un total de cinco. Al principio de los dos últimos (1804) se cuida de advertir que una gran parte de sus páginas es tan escritas por la misma mano que la firma P. en los primeros y M. de Barante me asegura que la mayor parte de los artículos sobre la *Historia del Teatro francés* están escritos por ella.



talento, que me ha parecido encontrar su propia mano. » Debió ser después de la respuesta que recibiera de M. Suard, cuando Madama de Staël escribió á la señorita de Meulán ofreciéndola su amistad rogándola que hiciese uso de ella en todo momento. La señorita de Meulán no aceptó más que el perfume bondadoso que exhalaba tal ofrecimiento. En sus primeros artículos había figurado Madama de Staël. A propósito de una frase del autor de *Malvina*, de Madama Cottin, que parecía negar á su sexo la facultad de escribir ninguna obra filosófica, el crítico recuerda la reciente obra de Madama de Staël sobre *La Literatura* y aprovechaba la ocasión para alabar ciertos pasajes y haciendo algunos reparos justos. Madama de Staël, al recibir tan ingeniosos consejos como éste, de *prestar menos atención á las atalanzas que al juicio*, sintió, como vemos, un agradecimiento que la honra, lo mismo que estos consejos honran al buen juicio de la señorita de Meulán.

*Atala* fué apreciada en un artículo por este crítico tan inteligente y tan maduro en sus comienzos, con una admiración atemperada, con muy discretas observaciones. Y aparte de este homenaje rendido al talento desde las filas de la causa religiosa, la señorita de Meulán colocaba en su lugar al *ciudadano*, La Harpe y al ciudadano Vaucelles que se habían apoderado de un artículo sobre la *Educación de las niñas* de Fenelón, para dedicarse el uno, en pleno Liceo, y el otro yo no sé dónde, á la declamación de costumbres, sobre el fanatismo religioso y otros lugares comunes que entonces hacían furor. En una carta á un amigo, á quien suponía meditando un volumen en favor de los filósofos, le pregunta con mucho ingenio, *¿ por qué un libro? ¿ Es acaso para probar que Voltaire es un poeta y Zaida una obra encantadora, ó bien para probar que el vocablo filósofo no es exactamente el sinónimo de septembreurs? (1) »* Y luego añade: « La manía de

(1) Epíteto aplicado á aquellos que tomaron parte en el degüello de los presos en Septiembre de 1792 (N. del T.).

vuestra edad es querer que los hombres entiendan la razón; la experiencia de la mía me enseña que es más prudente dejarlos que el tiempo los guíe á la razón y á la verdad puesto que la razón y la verdad no han casi nunca convenido á nadie. « Este talento tan experimentado y tan seguro que debutó por donde otros acaban está dotado de una gran paciencia, y veremos, como al avanzar con el tiempo se desarrolla en él la fe, el entusiasmo y la ternura. Estas almas avaras para la pasión y bien preservadas contra ella, retroceden calorosamente á las impulsiones que los demás agotados abandonan; las nobles y tardas pasiones brotan de su razón profundas. Así sta de quien hablamos empieza por *Duclos* y acaba haciéndose leer á *Bossuet*. Pero no nos anticipemos.

En los primeros folletones de *El Publicista*, en la fecha del Floreal año 10, bajo el título de *Pensamientos sueltos*, se encuentran algunos admirables como éste: « Una frase ingeniosa no tiene mérito sino cuando nos dá una idea que no habíamos concebido, y una frase sentimental cuando nos produce un sentimiento que no habíamos experimentado, es la diferencia que existe entre un antiguo y un nuevo amigo. Y este otro: « La gloria es lo superfluo del honor, y como todo lo superfluo se adquiere á costa de lo necesario. El honor es menos severo que la virtud y la gloria es más fácil de satisfacer que el honor, y así cuanto más un hombre nos deslumbra con sus liberalidad menos pensamos en preguntarle si paga sus deudas. » Muchas veces *marcha* hacía la verdad por el camino parajódico, á la sensatez por la broma. Hay algo de Séneca en esta primera fase, algo de Séneca con menos imaginación y color, pero más firme y seguro y con cierto humorismo. Le agrada citar al filósofo *Lichtenberg*. Muchos de sus folletones, son otros tantos pequeños trabajos encantadores que forman un bello conjunto relacionados el uno con el otro por situaciones imaginadas por ella, por correspondencia que ella imagina. Como es expresión vulgar, *sabta hacer una forma*. Pero su talento no se reservaba



para ciertos días y ciertas ocasiones. Gran cantidad de pensamientos imperecederos recogidos en los *Consejos morales* han sido entresacados de algún artículo acerca de una monótona novela ó de un descabellado vaudeville, y nacen como flores en un muro. Estos numerosos pensamientos que no se contradicen nunca porque son exactos, y que hasta llegan á confundirse con el espíritu de la señorita de Meulán, componían para ella una perspectiva del mundo y de la sociedad más bien que un juicio filosófico sobre las almas y sobre las leyes. Una mujer que mantuvo con honor un nombre ilustre, Madame de Condorcet quince años más vieja que la señorita de Meulán, y que pertenecía más á la *Década*, intenta en esta misma época en sus *Cartas á Cabanis sobre la simpatía*, un análisis filosófico de los diversos sentimientos humanos. En este ensayo poco conocido, no sería difícil notar cierta semejanza con la señorita de Meulán, cuando dice que « el talento es uno de esos instrumentos que fatigan á la mano que lo lleva sin hacer uso de ello. Pero en general el método que cada cual sigue es muy distinto y hasta casi expuesto. Cierta pasión, como la sentía Hevetius, por la felicidad universal, una creencia en la verdad y un extremado celo en observarla (que todavía no poseía la señorita de Meulán), alientan con este análisis, circulan en esas páginas abstractas, y en cierto momento son de una sensibilidad y una elocuencia que nos conmueve. ¡Qué atractivo tan austero tiene el retrato del hombre indulgente !! Y cuántas veces se ocupa del amor, con qué complacencia grave y triste lo hace ! ¡ Cómo *esta copa encantada* delata la irremediable pena en medio de las disertaciones hijas de la prudencia ! Madame de Condorcet había tenido la pasión y la llama del siglo XVIII. La señorita de Meulán no había tenido de él más que las costumbres y ciertas maneras de juzgar y de decir, pues la pasión vino más tarde.

Sería muy del agrado nuestro, pero demasiado minucioso y demasiado extenso, recoger en los artículos de Madame Guizot todas las observaciones que le

sugirió cada amor. Aunque la crítica literaria no sea nunca para ella lo principal, ha dejado huellas que yo sentiría ver borradas ó perdidas para siempre. Duclos no fué nunca mejor descrito que en el folletón de pluviano del año XIII. Tenía ciertas semejanzas su ingenio con el de Boileau, pero en ella predominaba la moral sobre la literatura. Conocía á maravilla la literatura inglesa, los poetas y los filósofos, y por ello se le podía también encontrar semejanzas con los grandes críticos y moralistas Addison y Johnson. Encuentro en Julio y en Agosto de 1809 artículos de ella sobre Collin d'Harleville. Su talento distingue dos épocas distintas separadas por la Revolución; la una está llena de éxitos y la otra de fracasos. En esta última, Collin muy interesado con el cambio de las costumbres quiso juntarlas y fracasó : Pues — dice ella, no era la sociedad que Collin d'Harleville estaba destinado á pintar; sus observaciones responden más bien á su interior que á su exterior, y así pinta mejor lo que siente que lo que ha visto. » El nombre de Collin d'Harleville quedará siempre en la historia de la literatura, y estamos expuestos, si no conocemos este juicio sobre él, á creer en otros menos exactos. Se reimprimían y se publicaban entonces hacia 1806 en casa de Leopoldo Collin, una cantidad grande de cartas del siglo XVII y de principios del XVIII, de la Señorita de Montpensier, de Ninón, de Madame de Coulanges, de la señorita de Launay, etc.; y la señorita de Meulán habla como si hubiese sido contemporánea suya, llegada con retraso. Dice de Madame Des Houlières : « Sus idilios no tienen acaso otro defecto que el de quererlos por fuerza. Ha puesto ingenio y flores en cuantos sitios ha podido. » — « El talento de Madame Cottin no permite ser juzgado hasta que las emociones que nos hizo sentir pasaron, y estas emociones tardan mucho tiempo en pasar. Acerca del estilo de Madame de Genlis dice que es siempre bueno y nunca mejor (1). Con tantas cuali-

(1) Al dar cuenta de la aparición del *Almanaque de las Musas* de año XIV (1806) la Señorita de Meulán distinguía y citaba extensa-